

Alejandro Martín Contino
Universidad Nacional de Rosario
martincontino@gmail.com

Diez tesis sobre el concepto de adicción en la obra de Deleuze y Guattari*

Ten Theses on the Concept of Addiction in the Work of Deleuze and Guattari

Resumen

El presente escrito plantea, en diez tesis elaboradas mediante el método nietzscheano de la dramatización, que todo uso, consumo o actividad, puede concebirse como una máquina que se monta sobre una línea de fuga de un individuo o un colectivo, subjetivando, singularizando y aumentando la potencia. Pero la adicción también puede configurar un aparato de captura capaz de restar potencia, dominar la propia vida, y arrasarse con todo el territorio existencial, a la vez que sirve –paradójicamente– para estabilizar las sociedades actuales. Se concluye que una máquina adicción es productiva cuando se regula mediante un plan basado en una ética de la prudencia; esto es, cuando está a favor de la vida.

Palabras claves: Adicción; Droga; Máquina; Línea de fuga; Aparato de captura.

Abstract

The present writing proposes, in ten theses built through the Nietzschean method of dramatization, that all use, consumption or activity, can be conceived as a machine that is mounted on a line of flight of an individual or a group, subjectifying, singling out and increasing the power. But addiction can also set up a capture device capable of subtracting power, dominating one's life, and destroying the entire existential territory, at the same time that it serves -paradoxically- to stabilize current societies. It is concluded that an addiction machine is productive when it is regulated by means of a plan based on an ethic of prudence; that is, when it is in favor of life.

Keywords: Addiction; Drug; Machine; Line of flight; Capture device.

* El presente ensayo es una producción individual, y se basa en la investigación posdoctoral *El concepto adicción en la obra de Deleuze y Guattari*, presentada por el autor en 2019 en la Universidad Nacional de Rosario (UNR). El objetivo es situar el sentido y el valor que adquiere dicho concepto en la obra de los mencionados autores.

Introducción

Si hay un fenómeno complejo y controvertido para ser analizado en la actualidad, es el de las actividades, los usos y los consumos capaces de volverse problemáticos y/o adictivos. Los dos principales conceptos que se fueron utilizando –especialmente en el último siglo– para dar cuenta de este fenómeno, son el de adicción y el de droga. Sin embargo, como afirma Deleuze: “Vemos claramente que no se sabe qué hacer con la droga (ni siquiera los drogadictos), ni tampoco cómo hablar de ella” (2007, p. 145).

Dada la dificultad que conlleva este no saber qué hacer, el presente escrito se sustenta en una indagación relativa a todo ello: busca situar el sentido y el valor que adquiere el concepto adicción en la obra de Deleuze y Guattari, y algunos de los conceptos vinculados a este, como es el de droga. Esto significa que la indagación resulta necesariamente acotada, pero no por ello menos valiosa en lo que respecta a su particularidad.

Al respecto, pueden situarse algunos antecedentes sobre la temática de la adicción y la droga en la obra de Deleuze y Guattari, como el artículo de Edegar Frei y Pato Manfredini (2019) que profundiza en la cuestión de la relación entre el deseo y las percepciones, y en la prudencia en cuanto a los usos de drogas, o el artículo de Goldstein (S. f.), que indaga sobre la cultura del consumo y la denominada por algunos autores –como Lewkowicz– ‘subjetividad adictiva’. Por último, a los fines de este escrito, no se pretende recapitular de manera exhaustiva lo que se ha dicho hasta aquí respecto de este fenómeno, dado que excedería los objetivos de la indagación.

Para materializar el recorrido propuesto, la alternativa metodológica elegida es la dramatización, método nietzscheano que permite interpretar el sentido y el valor de un concepto mediante la estrategia de la genealogía y la sintomatología (Deleuze, 1998; Sonna, 2016). Se lleva adelante una crítica del concepto de adicción, dirigiéndose a su comienzo histórico, al sistema de valores que está en su origen, y a las fuerzas que lo producen, sin las cuales no podría haber sido pensado ni formalizado del modo en que llegó a hacerlo. Aclara Sonna:

La sintomatología es a nuestro entender un tipo particular de etiología que busca las causas en los problemas no expresados en el texto. (...) Es en este sentido que se habla de la sintomatología como una lectura de las fuerzas que se expresan en el texto por fuera del sistema del querer decir. (2016, p. 31)

Entonces, ¿qué permite situar la faceta de la sintomatología respecto de la adicción? En primer lugar, que el sentido o la significación (Deleuze, 1998) que se le atribuye a este fenómeno en los análisis y las descripciones hegemónicas, es el de un trastorno psiquiátrico que conlleva el riesgo de sufrir consecuencias adversas en lo corporal u orgánico (por ejemplo, intoxicación, lesiones, accidentes, agresión, conductas sexuales de riesgo). Asimismo, la dependencia ligada a todo abuso de sustancias genera la pérdida de la capacidad de controlar el uso o consumo, ocasionando consecuencias adversas en la salud o en el plano interpersonal, familiar, académico, laboral o legal. Los tratamientos propuestos generalmente son involuntarios, dado que se basan en imposiciones, restricciones físicas y en la puesta en suspenso de los derechos de quienes usan o consumen algo. La finalidad de esta clase de estrategias terapéuticas es lograr la abstinencia;

esto es, la ausencia de consumo o el consumo cero. ¿Por qué? Porque la adicción, que solo es tomada en lo más superficial de sus manifestaciones (principalmente aquellas que remiten a los comportamientos de cada individuo y a las consecuencias negativas, dañinas o riesgosas de los usos, consumos y/o actividades), es concebida como un trastorno que anula la voluntad, impidiéndole a quien lo padece tomar decisiones sanitaria, legal, social y moralmente aceptables, por lo que alguien más se atribuye sustitutivamente el derecho de decidir.

Asimismo, cuando aquello que se consume, se usa, o se hace es ilegal, se conjuga con la patologización una postura prohibicionista y punitivista. Es decir, se considera que la estrategia legal debe sustentarse en la prohibición prácticamente total de todas las drogas que no sean producidas por las empresas farmacéuticas. Y el cultivo, producción, fabricación, transporte, venta, compra, tráfico, etc., de cualquiera de las sustancias psicoactivas prohibidas, pasa a considerarse como un delito susceptible de ser penado con cárcel.

Al complementar la sintomatología con el método nietzscheano-foucaultiano de la genealogía –que permite situar el valor de los valores de aquello que se indaga (Sonna, 2016)–, se puede aseverar que merced a esta mirada médico-psiquiátrica y judicial, se asume una postura individualizadora, patologizadora, medicalizadora y culpabilizante, ya sea por razones moralistas o salutogénicas.

Ahora bien, el método de la dramatización, que en última instancia busca conocer qué se quiere en una sociedad dada a partir de determinados valores, sentidos y/o significaciones, permite abrir un primer cuestionamiento: tanto la individualización y patologización de este fenómeno, como el ofrecimiento de tratamientos abstencionistas y prohibicionistas, se evidencian muy convenientes y funcionales al sostenimiento de las sociedades actuales, dado que sin interrogar dichos sentidos y valores, se orientan a ofrecer casi exclusivamente respuestas basadas en la tecnología de poder disciplinaria. Es decir, se prioriza el encauzamiento individualizado de conductas, dirigido por profesionales de la salud o por personal del servicio penitenciario, llevados adelante de forma segregada del resto de la sociedad, en espacios cerrados de los que no siempre se puede entrar y salir voluntariamente.

Ambas posturas se articulan entre sí desde hace más de un siglo, configurando lo que se ha dado en llamar el Modelo Abstencionista-Prohibicionista, sin presentar modificaciones sustanciales durante todo este tiempo. Sin embargo, no termina de explicarse cómo es que, luego de tantas décadas de lógica demonizadora y persecutoria de los consumos, se ha perdido la guerra contra las drogas y contra el narcotráfico. Claramente, como señala Deleuze (2007), es difícil que la mencionada mirada hegemónica aporte algo significativo o productivo respecto de este fenómeno.

Por otro lado, la única alternativa que se ha contrapuesto a esta postura, es la del Modelo de Reducción de Daños y Riesgos, la cual busca brindar información acerca de las formas menos dañinas y riesgosas para llevar adelante los usos o consumos y –cuando le es permitido por la legislación de cada país o región–, ofrecer condiciones lo más seguras posibles para realizarlo. Sin embargo, este Modelo no termina de consolidarse ni logra configurar una postura factible de ser desplegada como política pública en reemplazo del prohibicionismo (Infobae, 2022), volviéndose difícil evaluar concretamente los resultados que podría producir esta alternativa concreta, a pesar de que se viene implementando desde hace años en diferentes países.

Ahora bien, hay un punto en el cual ambos Modelos confluyen y coinciden: ninguno de ellos problematiza los modos de subjetivación actuales, ni abre interrogantes respecto del suelo socio-histórico-político que habilitó las condiciones de posibilidad para que se constituya algo como la adicción. Es decir, no se cuestionan el lugar que ocupan las grandes corporaciones que se

dedican a fabricar, producir y comercializar los principales productos y servicios que se consumen –tanto legal como ilegalmente– de forma dañina y riesgosa; y minimizan sospechosamente las grandes dificultades con las que se encuentra el Estado y la comunidad para poner límites, establecer medidas o lograr algunas formas de regulación de los usos, consumos y/o actividades.

A partir de lo expuesto es que se pretende, mediante el método de la dramatización, exponer el sentido y el valor de los valores de aquello que se oculta y que se muestra respecto de la adicción, a la luz de los planteos esquizoanalíticos de Deleuze y Guattari. Organizado en base a diez tesis, se espera que el presente escrito ofrezca la posibilidad de cuestionar el reduccionismo biologicista, la postura moralizante, y la individualización patologizante y culpabilizante, que termina dirigiendo exclusivamente la atención y la responsabilización a quienes usan, consumen o hacen algo de forma adictiva o problemática. De este modo, deviene posible analizar en términos esquizoanalíticos el complejo funcionamiento que adquiere una adicción en la vida de un individuo o un colectivo, las posibles formas de producción que ella conlleva, y el lugar que ocupan en las sociedades neoliberales actuales las organizaciones y corporaciones dedicadas a comercializar sustancias, productos y servicios –ya sean legales e ilegales– que son ofrecidos (¿impuestos?) como formas de uso o consumo que no deberían regularse, postergarse, detenerse, ni abandonarse.

Primera tesis: *Toda adicción es maquínica*

El primer y principal planteo del esquizoanálisis respecto de la adicción, es que esta implica, antes que nada, un modo de *hacer máquina* (Guattari, 2008), con ‘algo’ que se hace, se usa, o se consume. Desde esta perspectiva, el concepto máquina no hace referencia a una simple mecánica. Se trata de una configuración compleja, que puede establecerse entre elementos muy heterogéneos, y también entre componentes distantes entre sí, incluso sin conexión física: “La máquina, (...) es un conjunto de «vecindad» entre términos heterogéneos independientes (la vecindad topológica es independiente de la distancia o de la contigüidad)” (Deleuze y Parnet, 2013, p. 117).

Con ese algo que se entra en conexión, al hacer, usar, o consumir, se hace máquina. Pero, ¿es algo excepcional el hecho de hacer máquina en la vida de los seres humanos? No; esto sucede todo el tiempo, en todos lados: “En todas partes máquinas, y no metafóricamente: máquinas de máquinas, con sus acoplamientos, sus conexiones” (Deleuze y Guattari, 2010, p. 11).

Las máquinas no se montan de manera aleatoria o contingente, sino que vienen promovidas por el deseo y por la libido. La potencia de la máquina reside en el deseo, y la energía que la mueve es la libido. Esto implica que, obviamente, se van componiendo diferentes máquinas a lo largo de toda la vida. De hecho, “la historia de un individuo es la sucesiva puesta en marcha de máquinas. La máquina respiratoria en el nacimiento, la máquina genital en la pubertad, etc.” (Guattari, 2019, p. 356).

En todo funcionamiento maquínico, se establecen conexiones, pasajes y cortes entre componentes de diferente naturaleza, a través de los cuales algo es capaz de fluir, de manera intermitente. Este fluir es lo que posibilita que se concrete la finalidad de toda máquina: que se materialice una forma particular de producción.

Ahora bien, claramente no se trata de una producción simple, que se limita a lo individual. No se consume cualquier cosa en cualquier momento histórico (ejemplo: no puede haber adicción a la cocaína previo a que Bayer comience a producirla). Toda máquina montada en torno a un uso, consumo o actividad, se sustenta en lo biológico, en lo psicológico, y en otros componentes que no siempre se incluyen, tales como el histórico, el social, el político, el económico, el cultural.

¿Por qué este planteo complejo no es el que prevalece en la actualidad, por qué se ve opacado por la mirada biologicista y patologizante? Probablemente porque la práctica del uso, consumo o actividad que podría terminar configurando una adicción, suele resultar tan llamativa, suele conllevar características tan particulares, que condiciona la mirada, fijándola en la superficie visible de la adicción, y disminuyendo la posibilidad de notar que en torno a ella hay un profundo funcionamiento de conjunto (Guattari, 2008). Ese funcionamiento es más complejo de lo que aparenta su superficie, y remite a una multiplicidad que excede en mucho a ese ‘algo’ en particular y a ese individuo singular (es decir, las tradicionales dimensiones biológica y psicológica a las que suele reducirse este fenómeno).

¿Y por qué un uso, consumo o actividad podría terminar configurando una adicción? Porque según Deleuze y Guattari (2010), toda máquina funciona chirriando, estropeándose, haciendo saltar los engranajes. En el caso de las adicciones, es posible que al hacer máquina con ‘algo’ que se usa, se hace o se consume, los chirridos y los estropeos sean prácticamente lo más visible, lo más audible, lo más sufrible, lo más llamativo. El ruido es la antiproducción, la detención de toda posibilidad inventiva, creativa, transformadora (Baremlitt, 2005), la contracara aceptable de los efectos que se esperan alcanzar como objetivo explícito de la producción maquínica de la adicción; es un costo que se está dispuesto a pagar, una faceta negativa que se puede tolerar, hasta que llegue el momento en que la antiproducción supere finalmente a la producción. En síntesis, no deja de ser la modalidad de antiproducción que acompaña a la producción que sí se busca deliberadamente: alguna forma de felicidad.

Segunda tesis: *La máquina adicción busca como producción alguna forma de felicidad*

El esquizoanálisis –siguiendo los planteos de Spinoza (2005)–, considera que se pueden producir, a partir de encuentros, producciones maquínicas, agenciamientos y experiencias, aumentos o disminuciones de potencia; esto es, hay maneras de incrementar o menguar la capacidad de obrar. Pero Guattari (2008) agrega algo más: mediante el encuentro que se produce con algo que se usa, se hace o se consume, es posible crear además territorios existenciales; es decir, se pueden producir modos de subjetivación y/o procesos de singularización. Alguien puede construir todo un modo de ser y de estar a partir de un uso, consumo o actividad.

Más allá de en qué consista la adicción maquínica en cada caso, parece ser que la característica que se busca producir en el territorio existencial mediante los usos, consumos y actividades es, ni más ni menos, que alguna forma de felicidad. Como afirmara Freud:

Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y

aun pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal. (1992, p. 78)

En lo que respecta a los modos de subjetivación, ¿qué relaciones pueden establecerse entre los usos, consumos y actividades, los placeres, las intoxicaciones y la felicidad? Se trata de una línea de indagación que amerita ser más profundizada, dado que, a los fines de este escrito, sería materialmente imposible examinar en profundidad de qué maneras se han concebido los placeres, los consumos y la felicidad a lo largo de la historia y de las diferentes culturas.

De todos modos, al menos en el mundo occidental, es la filosofía quien se ha encargado, antes que la psiquiatría o la psicología, de reflexionar respecto de estos asuntos: ha habido líneas y escuelas desde la antigua Grecia, que se posicionaban de forma muy disímil en relación a todo ello. Por ejemplo, algunas se orientaban a la valorización de los placeres, como el *epicureísmo*, fundado por Epicuro de Samos (341-270 a.C.) en las afueras de Atenas; esta era una corriente filosófica que coexistió con Platón y con Aristóteles, cuyo máximo objetivo consistía en llegar al estado de *ataraxia*, buscando un placer modesto y duradero que le esquivara al ansia de poder. Otro ejemplo es el *hedonismo*, escuela fundada por Aristipo de Cirene entre el siglo IV y III a. C., en la que se busca el desborde de las pasiones y los placeres sensuales. Por su parte, el filósofo estagirita Aristóteles, conceptualizaba la felicidad y los medios mediante los cuales podría buscársela y alcanzársela, mediante el concepto de *eudaimonia* (2005). Si bien este vocablo griego ha sido vinculado con la felicidad, en realidad remite a algo mucho más profundo: un vivir bien, una búsqueda activa para incorporar costumbres virtuosas, de manera de lograr que la propia vida devenga más virtuosa y, por tanto, mejor. Sin embargo, como manifestó Aristóteles, “resulta manifiesto que escapa a nuestro examen qué es la dicha [la felicidad] y qué es el bien en la vida” (2002, p. 50).

Al mismo tiempo, otras posturas se orientaban más hacia un uso y un consumo mesurado, promoviendo placeres que no debían llegar a los excesos. Y, además, otras posturas se dirigían directamente a una forma de austeridad aún mucho más extrema, tendiente a la abstinencia de placeres, como método de acceso a la verdad (Foucault, 2010).

Pero esta breve y exigua recapitulación no es lo único que podría decirse al respecto, en tanto el mismo Aristóteles afirma que

todos creen que la vida feliz es placentera y enlazan el placer con la felicidad; razonablemente, porque ninguna actividad estorbada es perfecta, mientras que la felicidad pertenece a las cosas perfectas. Por eso el hombre feliz necesita adicionalmente los bienes corporales, los externos y la fortuna, para no verse estorbado por su causa. (Aristóteles, 2005, p. 229)

Así, desde su nacimiento, la filosofía griega instala como campo de reflexión la moral, la ética y la ascética; el gobierno de sí, de las acciones y de las pasiones; la dietética y la medida como modo de conjurar los riesgos y los peligros, etc.; es decir, toda una serie de análisis que permitían la pregunta ética por los modos de subjetivación y por la construcción política del mundo que se habita, sin imponer hegemónicamente una sola manera de concebirlas.

Durante el medioevo, la escolástica dominó la producción filosófica, inscribiéndola de forma excluyente en la línea de las Sagradas Escrituras, que concebía como pecado todo aquello que no obedeciera a los lineamientos católicos. Gula, avaricia, soberbia, codicia, lujuria...; el código moral religioso cercena las actividades, los usos y los consumos de un modo

extremadamente rígido, promoviendo un modo de subjetivación universal que no habilita los interrogantes, la exploración, la experimentación, sino que impone la disciplina, la obediencia, y hasta la abstinencia en algunos casos.

Pero ya en la Modernidad, en el marco del surgimiento y la expansión del capitalismo, los placeres se ligan a los consumos, estos últimos a los productos del mercado, y, como corolario, la felicidad se asocia a lo que se llega a tener, más que a lo que se es o a cómo se elige vivir.

Esta faceta de la felicidad, más vinculada a la obtención del placer, de fortuna, y de bienes, parece ser la modalidad que se ha logrado consolidar en las sociedades neoliberales. Y en la actualidad, esta búsqueda y obtención de la felicidad se termina consolidando como una empresa absolutamente individual, que se lleva adelante a espaldas de lo que acontezca en lo social y lo colectivo. Producto de una individualización y psicologización de los órdenes políticos y sociales (Lipovetsky, 2000), se termina redirigiendo toda la responsabilidad, los déficits, las contradicciones y las paradojas de la sociedad a cada ciudadano/a:

Los ciudadanos modelos son seres autogobernados cuyos comportamientos y aspiraciones tienen como base y como principal vínculo y limitación sus propias personalidades, gustos, decisiones, motivaciones, emociones, creencias, objetivos, sueños y proyectos de vida, considerados todos ellos aspectos inherentes a la “psique” que pueden ser satisfechos, desarrollados y dominados mediante actos de elección y consumo. De hecho, ese modelo convierte a los ciudadanos en lo que podríamos llamar *psiudadanos*, definidos como un tipo de subjetividad individualista y consumista que convierte a los ciudadanos en clientes *cuya funcionalidad como individuos está totalmente ligada a la búsqueda y el desarrollo de su propia felicidad*. (Cabanas, 2019, p. 129) (las comillas y las cursivas son del autor)

Sumado a ello, como afirma Lipovetsky, desde el siglo XX, esa soldadura entre el placer y la felicidad se ha visto potenciada por lo que se promueve desde la publicidad:

desde los años 19'50-1960 acceder a un modo de vida más fácil y cómodo, más libre y hedonista, era ya una motivación muy importante entre los consumidores. Al exaltar los ideales de la felicidad privada y el ocio, la publicidad y los medios potenciaron conductas de consumo menos sometidas a la autoridad del juicio del otro. Vivir mejor, gozar los placeres de la vida, no quedarse con las ganas, servirse de lo superfluo aparecían en medida creciente como comportamientos legítimos, finalidades en sí. (2007, p. 34)

Así, en la actualidad, la felicidad suele articularse, superponerse y hasta confundirse con la mera sensación de placer, llegando a asumirse que la felicidad es en sí misma el placer, y el placer remite indefectiblemente a algo que se hace, se usa o se consume. Claramente, se omite en esta postura toda referencia al placer que podría obtenerse de la postergación, la espera, la renuncia y la abstinencia de la realización de alguna actividad, o de un uso y/o consumo.

La racionalidad político-económica del capitalismo, ávida de ocupar todos los espacios vacíos, se apresura a ofrecer una determinada forma de concebir la felicidad y su búsqueda: el consumo. Un consumo que no debe detenerse, que debe alcanzar todos los planos del territorio existencia, aunque conlleve el riesgo de configurar un modo de funcionamiento vertiginoso e

imparable. La máquina adicción nace así ofreciendo una respuesta falaz y riesgosa a una pregunta que nadie nunca ha podido responder.

Tercera tesis: *La búsqueda de la felicidad mediante la adicción maquina se basa en cinco componentes: el placer vivenciado, la sensación de pertenecer a algo, la sensación de olvidar, la promesa de una panacea y la ilusión de control*

Ahora bien, en un principio, nadie se embriaga con una bebida que no sea de su agrado; nadie se intoxica con alguna sustancia que no le proporcione algo gratificante; nadie se anestesia mediante un método displacentero.

En un principio, siempre que se busque la felicidad mediante un uso, un consumo o una actividad, este viene sustentado en un intento de sentir placer que, si bien tiene que ver con el cuerpo, también es vivenciado subjetivamente. Es decir, es una forma de placer construido artesanalmente, por cada quién. La finalidad primera de ciertas actividades que se hacen, o de ciertas sustancias que se usan o se consumen es, entonces, la obtención de un placer (una de las caras mediante las cuales se suele presentar la felicidad). Y esta búsqueda es un posicionamiento que se asume activamente.

El placer puede radicar en una sensación corporal, en algo que se siente físicamente; o bien en una distorsión de la percepción (ya sea de los sentidos, del espacio, del tiempo, etc.); o de los pensamientos (de los recuerdos, de la imaginación, de la creatividad, etc.); o bien de muchas otras maneras.

Además de la búsqueda de placer, el uso, consumo o actividad puede conllevar también una suerte de doble objetivo. En palabras de Guattari: “la finalidad de toda adicción es doble: proporcionar el sentimiento de pertenecer a algo, y también el sentimiento de olvidar” (2008, p. 197). Incluso, ambos sentimientos van muchas veces de la mano, y se producen en la misma operación. Así, ciertos usos, consumos, y actividades, parecen brindar la posibilidad de olvidar, por ejemplo, los dolores de la vida: “Que un dolor pueda experimentar una «cancelación tóxica», he ahí una intuición de Freud desde 1884, cuando puso en evidencia la acción de la cocaína sobre las afecciones dolorosas” (Le Poulichet, 2005, p. 63). Casi tres décadas más tarde, Freud mantenía la misma idea, ya que en 1929 planteaba que

el método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación. (...) Existen sustancias extrañas al cuerpo cuya presencia en la sangre y los tejidos nos procura sensaciones directamente placenteras, pero a la vez alteran de tal modo las condiciones de nuestra vida sensitiva que nos vuelven incapaces de recibir mociones de displacer. Bien se sabe que con ayuda de los «quitapenas» es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. (1992, p. 78)

Y, además, por otro lado, hay quienes afirman que, en la época actual, este planteo freudiano de principios del siglo XX ya no se puede sostener, dado que hoy en día “se perfila una toxicomanía generalizada (...) [y] prima el goce del consumo propuesto por el mercado, para todos por igual –cada uno solo y en su casa, donde el *delivery* se lo trae sin tener que salir–, borrando todas las diferencias” (Naparstek, 2013, párr. 19) (las cursivas son del autor).

Se considera entonces que uno de los modos de pertenecer en las sociedades actuales – independientemente de a qué se pertenece–, requiere de hacer, usar o consumir algo. Es el consumo el que otorga el estatuto de pertenencia. Más allá de cada situación singular, pertenecer a algo que no se pertenecía, y olvidar una situación que ya se estaba sintiendo de forma demasiado intensa, son sensaciones que constituyen otras dos facetas de toda adicción, dos facetas que se perfilan casi como una finalidad en sí misma.

La cuarta faceta es la promesa que esta realiza a quien monta una adicción maquínica. La promesa varía en cada caso, o incluso en cada oportunidad en que se use, se consuma o se haga algo: alivio cuando hay demasiado peso; aire cuando hay bastante asfixia; distracción cuando hay mucha concentración; producción cuando hay un tanto de dispersión; entretenimiento cuando hay un desmesurado aburrimiento; compañía cuando hay profunda soledad; soledad cuando hay insoportable compañía; revitalización cuando hay un excesivo cansancio; adormecimiento cuando hay un vertiginoso aceleramiento; anestesia cuando hay un intolerable dolor; sensación vívida cuando hay angustiante anhedonia; coraje cuando hay un agobiante temor; recompensa cuando hay esforzado éxito; castigo cuando hay insoportables fallas o fracasos... Y también se consume cuando no pasa nada. Toda una panacea.

De todos modos, más tarde o más temprano se llega a vislumbrar de manera inequívoca que la experiencia de las actividades, los usos y los consumos adictivos no logran proporcionar en todos los casos un placer genuino, ni una verdadera pertenencia, ni un olvido total, ni el cumplimiento de la promesa de solucionar aquello que se buscaba superar. Entonces, ¿por qué se continúa sosteniendo una adicción maquínica aun en estas condiciones? Probablemente por lo que implica la quinta faceta: una ilusión sostenida. Se puede inferir que siempre, en todos los casos, la ilusión que sostiene toda adicción maquínica es que, finalmente, sería posible tener el control de lo que acontece.

Si toda adicción es entonces un modo de hacer máquina, aquello que fluye mediante lo que se usa, se consume o se hace, producirá alivios, placeres, sensaciones, promesas, ilusiones. La adicción maquínica incluye una cierta ilusión de que uno puede tratar a su manera el territorio existencial mediante eso que se usa, se consume o se hace. La ilusión es que sería posible dominar cualquier cosa, experiencia, sensación, sentimiento, dolor, malestar, que la vida conlleve: pensamientos, recuerdos, dolores, placeres, tristezas, alegrías, incertidumbres, dudas, cansancios, entre muchas otras.

Y, probablemente, una de las dimensiones que más anhela controlar el ser humano, es la del paso del tiempo, dado que es la que le hace vislumbrar la decadencia, la decrepitud y la muerte.

Cuarta tesis: Una adicción maquínica es un montaje mediante el cual deviene posible tergiversar artificialmente la percepción del espacio-tiempo

El tiempo es dinero, sentenció Benjamin Franklin para marcar el modo de funcionamiento político-económico de toda una época. Es por ello que Berardi afirma que, desde su nacimiento, la racionalidad capitalista puede ser descrita como “una maquinaria cuyo fin es la cosificación y la acumulación de tiempo” (2014, p. 77). Así, según este filósofo italiano, la clase capitalista nace dedicándose a despojar a los demás de su tiempo.

En la actualidad, el capitalismo ha sabido producir una mutación en el modo en que se vive el tiempo: este ya no está secuenciado en fragmentos diferenciados, correspondientes a distintas instancias de la vida, separadas por líneas duras (familia, escuela, universidad, etc.). En las sociedades de control se genera una nueva sensación: todo es continuo, “nunca se termina nada” (Deleuze, 2005a, p. 117). Y esto es así porque la forma en que están construidas las dinámicas de los espacios por los que transita cada individuo, ya no se corresponden con la lógica decimonónica que Marx (2014) describió en *El Capital*, en donde el valor dependía de la acumulación y objetivación del tiempo; es decir, el tiempo que la sociedad necesita para producir mercancías. “El capitalismo financiero se basa esencialmente en la pérdida de toda relación entre tiempo y valor” afirma Berardi (2014, p. 78), pero todavía subsiste una enorme mayoría de seres humanos para quienes la única forma de obtener ingresos es vendiendo su fuerza laboral en el mercado, por lo que se sigue dependiendo de la cantidad de tiempo que se tenga para ofrecer.

En tanto la dimensión del tiempo se mantiene ligada al valor y al dinero, para una gran parte de la población parece imprescindible –hasta saludable– inventarse formas de acelerar, desacelerar o incluso detener la sensación del paso del tiempo: por ejemplo, mediante una actividad, uso o consumo. Mientras esto se lleve adelante, el registro de la secuencialidad del tiempo es modificada o anulada.

Así, se puede estar horas consumiendo comidas y bebidas, o apostando en un casino; días sin dormir ni comer consumiendo cocaína; toda la noche mirando una maratón de capítulos de una serie de una plataforma de *streaming*; o más de un día sin levantarse de una silla jugando videojuegos. Todo eso sin registrar en lo más mínimo el paso del tiempo. Dependiendo del montaje que se agencie, del sistema de conexiones y cortes que se organice, y de aquello que por allí se haga fluir, las horas pueden parecer segundos, los días pueden parecer meses, y unos pocos segundos pueden parecer los más intensos de la vida. Con esta clase de máquina, el tiempo se distorsiona, se relativiza, se dilata, se contrae, se detiene, se acelera infinitamente... Sin embargo, de más está decir que más allá de que el paso del tiempo no sea registrado en tanto tal, eso no significa que de todos modos no se mantenga en movimiento.

Y no solo el tiempo se ve tergiversado: es más o menos posible llevar adelante un uso, un consumo o una actividad, capaz de proporcionar, entre otras cosas, una tergiversación o anulación también del espacio (Deleuze, 2007). Siempre dependiendo de lo que se esté buscando experimentar.

Es por ello que una adicción maquínica puede llegar a concebirse como una forma posible de escape, o una especie de salida, a diferentes aspectos de la vida. Todo un modo de cambiar la percepción, aun respecto de aquellos que parecen incorruptibles, como es el paso del tiempo o el espacio que se habita, e incluso para el sector de la población que no consume ninguna droga (Deleuze, 2007).

En este sentido, la adicción puede concebirse como una máquina que se monta sobre una *línea de fuga* (Deleuze, 2005b), perteneciente al territorio existencial de un individuo o un colectivo.

Quinta tesis: La adicción puede concebirse como una máquina montada sobre una droga que funciona como una línea de fuga, que deviene capaz de crear territorios existenciales; esto es, a través de ella se encuentra la posibilidad de subjetivarse

La droga, sostiene Deleuze, puede concebirse como una línea de fuga: “Voy a considerar la línea de fuga droga como equivalente a la línea de fuga revolucionaria, aunque sean completamente diferentes” (2005b, p. 200). ¿Pero qué es una línea de fuga?

Se trata de un concepto esquizoanalítico que remite a un elemento de las artes visuales: es toda línea que se dirige al punto de fuga de un dibujo, pintura o fotografía que incluya las tres dimensiones. Para el esquizoanálisis, que da cuenta de todo aquello que tiende a producir mediante una forma de huida, de escape, de salida, una forma de desterritorialización, que luego volverá sobre el mismo territorio con la finalidad de reterritorializarlo.

“El drogadicto fabrica sus líneas de fuga activas”, afirma Deleuze (2007, p. 146), por lo que una adicción podría pensarse entonces como una máquina que ofrece la posibilidad de procurarse una salida de un modo determinado, cuando el territorio existencial de alguien se ve acorralado por demasiadas líneas duras. Pero es una salida que no debería ser definitiva, sino que tendría que conllevar la capacidad de volver sobre el mismo territorio, pero con un fulgor. Una desterritorialización que proporcione una cierta *bocanada* de aire fresco, cuando lo que prime sea una sensación de asfixia (Prado, 2019); un cierto brillo, aunque sea “fugaz, artificial” (Solari, 2019, p. 254), pero que permita retornar sobre el mismo territorio para reterritorializarlo de otro modo, al menos de una manera un poco menos inconveniente que antes.

Cabe señalar que, según Deleuze, “el gran error, el único error, sería creer que una línea de fuga consiste en huir de la vida (...). Al contrario, huir es producir lo real, crear vida, encontrar un arma” (Deleuze y Parnet, 2013, p. 58). Mediante esta clase de huidas, hay un alcance subjetivo de la adicción que resulta mucho más profundo que aquello que llega a verse en la superficialidad inmediata de la práctica que se lleve adelante. Se habilitan ciertos modos de sentir, de pensar, de hacer, de decir, a los que de otra manera o mediante cualquier otra máquina, ese individuo no podría acceder (al menos en ese momento).

Guattari (2008) sitúa un claro ejemplo de una adicción maquínica: describe la escena en la cual un individuo llega del trabajo, se sienta en un sillón, y hace *zapping* con el control remoto del televisor, olvidándose de todo lo demás, permitiendo que el flujo de atención sea capturado por una pantalla que salta de una imagen a otra, de un canal a otro. (Hoy sería un mejor ejemplo la escena de quienes apenas llegan a su casa, revisan las publicaciones de Instagram o Tiktok). Esta clase de escenas muestra que no es el objeto que se usa o se consume, o la actividad que se realiza, la que de por sí proporciona la línea de fuga. Volviendo al primer ejemplo, lo determinante no está en la televisión ni en el individuo que hace *zapping*, sino en lo que fluye en el *entre* de todo ese paisaje. No puede haber nada interesante –es decir, que en sí mismo genere interés–, en una secuencia fragmentada de imágenes, sonidos, voces y música sin ninguna relación entre sí. No es el elemento en sí mismo, no es el individuo por sí solo, sino que es el paisaje que favorece un *entre*, lo que posibilita la máquina que se ensambla allí: el sillón, la hora del día, el grado de cansancio, el hastío, etc.

Sin embargo, una adicción maquínica no siempre se mantiene en el plano de una salida, un escape o una huida transitoria (es decir, de una línea de fuga que reterritorializa un fragmento de territorio existencial), sino que puede ir constituyendo una tendencia a escaparse del mundo que se vuelve cada vez más ineludible. Es posible que la adicción pase a configurar una máquina montada sobre una línea de fuga que ya no produce la bocanada de aire fresco, sino que llega, se instala y deja cada vez menos lugar y menos tiempo para cualquier otra actividad, amenazando con destruir la totalidad del territorio, sin ofrecer ya nada a cambio.

Sexta tesis: *La línea de fuga, que permitía huir de algunas líneas duras que proporcionaba la vida, termina deviniendo en sí misma en una línea dura, funcionando como un aparato de captura que termina implosionando*

La adicción maquínica no siempre logra mantenerse en el plano sencillo de una elección que no conlleva mayores consecuencias, riesgos o daños en la vida de un individuo o un colectivo. Por el contrario, sin que se sepa muy bien cuándo, cómo y por qué, puede suceder que ese uso, consumo o actividad deviene cada vez más intenso y vertiginoso. Incrementa su velocidad, multiplica su frecuencia, aumenta su cantidad, sin que se elijan de forma consciente estos cambios, conllevando el riesgo de sentir que se está capturado dentro de una trampa de la cual no se puede salir, provocando mayormente sensaciones de sufrimiento y disminución de potencia.

¿Sucede este declive –como lo denomina Deleuze (2007)– de un momento a otro, de forma inesperada? En general, no. Siempre que se comienza a experimentar con un uso, consumo o actividad, se suele trazar una línea dura respecto de la cual se decide no avanzar, por cuestiones de medida, vergüenza, culpa, economía, precaución, miedo, etc. Un punto de referencia que funciona como el límite máximo aceptable según el criterio de cada quién. Y se espera que quede allí fijado, inmóvil a lo largo del tiempo. Ese punto máximo puede materializarse en la cantidad que se usa o consume; en el tiempo en que dura la experiencia; en la frecuencia con la que se las realice; en el dinero que se pretende gastar; o en las circunstancias en las cuales se elegiría usar, consumir o hacer algo, por ejemplo.

Pero, inesperadamente, ocurre que llega un momento en el que esa línea es trasvasada. Muchas veces, esa vivencia resulta preocupante, obligando a un retroceso o a un detenimiento del uso, consumo o actividad. Pero otras veces, la línea se ve flexibilizada sin que genere demasiada preocupación. Lo que ocurre entonces es que el límite máximo es resituado un poco más allá, fijando nuevamente un punto de referencia que pasará a funcionar a partir de ahora como una nueva referencia, que debería ser, ahora sí, infranqueable.

Algunas otras veces, incluso, la línea dura que se trazó en un determinado momento ('consumiré hasta acá', 'jugaré solo hasta esta hora', 'apostaré solo esta cantidad de dinero', 'lo usaré solo hasta tal hora'...) comienza a ser vivenciada como insuficiente una vez que se genera un cierto acostumbramiento o tolerancia, y se busca el modo de justificar el hecho de correrla un poco más allá, flexibilizándola.

Sea como sea, luego de un cierto lapso de tiempo, cada nuevo límite es resituado un poco más allá, sin que se pueda detener el uso, consumo o actividad si es que se pretende decidir hacerlo. Ahora bien, en la medida en que cada nuevo punto máximo es dejado atrás, mientras se sigue incrementando el uso, consumo o actividad, se va aproximando cada vez más el riesgo de llegar a un umbral crítico, a un punto respecto del cual ya no es seguro que se pueda volver atrás. "Es muy peligroso, muy peligroso –la cosa va de prisa. Michaux (...) lo ha dicho todo al respecto: llega un momento en el que la cosa se vuelve muy peligrosa, porque aquí también hay una cresta" (Deleuze y Parnet, s. f., p. 17). Pasar al otro lado de la cresta es superar el *umbral crítico* (Guattari, 2008), más allá del cual, quien consume no es quien pone las reglas de juego. Se ha perdido toda organización del cuerpo, se ha transformado el modo de funcionamiento, las necesidades, los placeres, los límites y los dolores del organismo. Se llega al punto de hacer un cuerpo sin órganos: "El cuerpo drogado o el cuerpo maso son maneras de hacer saltar, aunque sea

por un tiempo y artificialmente, la organización del organismo para recobrar un cuerpo sin órganos” (Deleuze, 2005b, p. 213).

Entonces, en esta situación de tendencia a una organización cero del cuerpo, la adicción maquínica no funciona como una máquina montada sobre una línea de fuga que proporciona una salida o un escape, reterritorializando el territorio existencial, sino que arrasa sin posibilidad de flexibilización, de espera, de postergación, de negociación, o de detenimiento, poniendo en riesgo hasta la propia vida.

Sí, es una línea mortal, demasiado violenta y demasiado rápida, que nos introduce en una atmósfera irrespirable. (...). Sería preciso franquear la línea y, al mismo tiempo, hacerla susceptible de ser vivida, practicada, pensada. Hacer de ella, en la medida de lo posible y durante todo el tiempo que fuera posible, un arte de vivir. ¿Cómo salvarse, cómo conservarse en el enfrentamiento con esta línea? (...) cuestión de vida o muerte. (Deleuze, 2014a, pp. 178-9)

Cuando la velocidad se ve incrementada, cuando ya no es posible elegir cuándo y de qué manera se hace lo que se hace, cuando la persona se siente capturada por algo adictivo, se puede afirmar que el proceso maquínico de la adicción se autonomiza, ya no tiene relación con el placer, ya no tiene un sentido vinculado a una experiencia, ni se sustenta en una elección. Comienza a funcionar, al decir de Guattari (2008), como una repetición vacía, que no significa nada.

El uso, consumo o actividad ya no depende de la elección del individuo o del colectivo, se impone por sí misma y forma parte de manera innegociable del territorio existencial, puesto que se dan procesos maquínicos de los cuales no se puede salir. La fuerza desterritorializante inherente a la línea de fuga, puede llegar a arrastrar todo tras de sí, incluso las líneas más duras, hasta llegar a conducir paulatinamente a una desterritorialización total (sobre todo si no se es capaz de abandonar esos efectos o de obtenerlos de otro modo).

“Si la adicción falla, si fracasa, hay implosión” afirma Guattari (2008, p. 200). La desterritorialización respecto de las líneas más duras de un territorio ya no permite que le sea posible a dicha fuga reterritorializarse de ninguna manera. Es capaz de arrastrar detrás suyo hasta lo más estratificado del territorio. “Un tipo puede arrojarse a las drogas, pero resulta que no es lo suyo, aunque él cree que lo es. Puede lanzarse a las drogas de tal manera que se hunda completamente. Eso es la muerte o, como dicen los psicoanalistas, la pulsión de muerte” (Deleuze, 2005b, p. 213).

En este estado, mientras se está produciendo la implosión, no es tan sencillo de percibir que se asume una posición de esclavitud respecto de esa adicción maquínica: “se pierde todo control y se instala el sistema de la dependencia más abyecta, dependencia del producto, de la dosis, de las producciones fantasmales, dependencia del camello, etcétera” (Deleuze, 2007, p. 147). Todo funciona como si la máquina tomara las decisiones, mientras que el individuo implicado en ella es sencillamente un elemento más de ese montaje.

La máquina queda fijada, promoviendo y permitiendo un solo tipo de funcionamiento, o una sola clase de flujo, la cual pasa a acaparar prácticamente en su totalidad el deseo, la libido y los intereses del individuo. “Ya sé que uno no bebe cualquier cosa, que cada bebedor tiene su bebida favorita”, afirma Deleuze (Deleuze y Parnet, s. f., p. 15). Se excluyen entonces otras opciones porque dejan de resultar interesantes; se ve cada vez más limitada cualquier otra alternativa, porque hay una en particular que resulta cautivante. (No solo se preferirá esa bebida a

cualquier otra dentro del vasto mundo de las bebidas, sino que, además, el quehacer del individuo se limitará a beber esa bebida en lugar de realizar cualquier otra actividad).

En estas circunstancias es cuando la adicción maquínica se instituye como un aparato de captura que se apropia de manera gradual de cada aspecto de la vida de un individuo o colectivo, impidiéndole proyectar un futuro que no esté vinculado a ese uso, consumo o actividad.

Un aparato de captura deviene sumamente riesgoso porque “tiene una *potencia de apropiación*; (...) captura todo lo que puede, todo lo que es posible” (Deleuze y Guattari, 2002c, p. 444) (las cursivas son de los autores). Y, además, porque pese a que se esté cada vez más atrapado, recluso, y obligado a modificar la vida para que pase a estar al servicio del uso, consumo o actividad, aun así, se siente que las decisiones corren por cuenta propia. Se percibe erróneamente que se está a cargo, y que todo está controlado, mientras se deviene siervo de la máquina adicción. Al decir de La Boétie y de Spinoza, “toda servidumbre es voluntaria” (Tatián, 2012, p. 93).

Cuando ya no alcanza con proporcionarse placer, con buscar algo de felicidad, con pertenecer, con huir u olvidar un rato, sino que superó el umbral crítico, la vida tiende a hundirse en un colapso en el que se corre el riesgo de no poder salir. Aquí, la muerte es una probabilidad concreta, dado que se han sobrepasado las posibilidades que un cuerpo puede llegar a soportar en relación a los flujos que lo atraviesan, y a ese funcionamiento extremo de la máquina.

Pero, al mismo tiempo, el fracaso, la implosión, el hundimiento, puede llegar a percibirse de acuerdo a la mirada propia como un verdadero límite, una última línea dura antes de reventar, un punto respecto del cual no se puede –o no se quiere– caer más bajo. El fracaso puede ser un estado completamente imposible de percibir como riesgoso, y puede ser al mismo tiempo la instancia que abre las puertas de una nueva posibilidad de vida para quien usa, consume o hace ‘algo’ de forma mortífera. Al perderse absolutamente el control, al darse vuelta todo, es cuando –con suerte– se llega al momento en que la totalidad del paisaje, todo el conjunto, puede ser visto desde otra perspectiva. El fracaso en un uso, consumo o actividad puede habilitar a una salida, a una alternativa que permita cambiar el estilo de vida, luego de sentir que se tocó fondo. Afirma Deleuze:

No es una tentativa suicida mientras el flujo destructivo no se vuelva sobre sí mismo, sino que sirve para la conjugación de diferentes flujos, sean los riesgos cuales sean. La empresa suicida, al contrario, ocurre cuando todo se vuelca sobre ese único flujo (...). Esto es lo contrario de la conexión, es la desconexión organizada. (2007, p. 147)

En síntesis, si bien todo consumo, uso o actividad conlleva sus riesgos o sus daños, interpretarlo indiscutiblemente como una forma de autodestrucción, como una suerte de pulsión de muerte dirigida hacia sí mismo, es una tesis insostenible.

Por el contrario, todo parece funcionar como si fuera la máquina adicción que buscara siempre alguna forma de felicidad, hasta que del otro lado de la cresta muestra su contracara siniestra, su faceta mortífera. Así las cosas, puede pensarse que es la adicción maquínica la que crea la droga que funciona como línea de fuga mortífera, y no al revés, como históricamente viene sosteniendo la psiquiatría.

Séptima tesis: *Es la adicción maquínica la que crea a la droga, y no la droga la que provoca una adicción*

Desde el discurso médico, se define a la droga como:

toda sustancia con potencial para prevenir o curar una enfermedad o aumentar la salud física o mental y en farmacología como toda sustancia química que modifica los procesos fisiológicos y bioquímicos de los tejidos o los organismos. (...) En el lenguaje coloquial, el término suele referirse concretamente a las sustancias psicoactivas y, a menudo, de forma aún más concreta, a las drogas ilegales. (OMS, 1994, p. 33)

En otras palabras, ya sean legales o ilegales, “drogas o medicamentos, estos compuestos pueden lesionar y matar en cantidades relativamente pequeñas. (...) es propio de todas las drogas ser venenosas o tóxicas. Sin embargo (...) apenas hay venenos de los que no se hayan obtenido valiosos remedios (...)” (Escohotado, 2019, p. 18).

Se percibe aquí, en la forma mediante la cual el discurso médico define al concepto droga, una clara raigambre griega, al plantearla como veneno y remedio a la vez. Para esta doble condición, un tanto paradójica, Grecia destinaba el término *phármakon* (Le Poulichet, 1990). En efecto, se le atribuye a Hipócrates el hecho de especificar que, para ubicar una sustancia particular en un extremo o en el otro, se requiere de una distinción cuantitativa. Se lo encuentra presentado del mismo modo también en varios diálogos de Platón (2010).

De este modo, hay drogas que, administradas en determinadas cantidades, podrían funcionar como un analgésico –tales como la cocaína o la morfina o los dispositivos electrónicos con pantallas e internet, que han sido denominados por Preciado como ‘heroína electrónica’ (2022)–. Pero, en otras proporciones, podrían convertirse en un veneno adictivo. Sintetizando esta postura, “lo esencial es la proporción entre dosis activa y dosis letal, pues solo la cantidad distingue el remedio del veneno” (Ruchansky, 2015, p. 21).

Entonces, en un sentido psiquiátrico del término, hay adicciones vinculadas a los efectos biológicos de ciertas drogas y, concomitante a ello, drogas capaces de provocar una adicción. Además, puede presuponerse desde esta mirada que, en todos los casos, el consumo es riesgoso, dañino, y genera una disminución de la capacidad de hacer de quien consume dichas drogas.

Pero Freud (1980), ya desde fines del siglo XIX, arriesgaba la teoría de que no en todos los casos la cocaína produce por sí misma una adicción, sino solo bajo ciertas circunstancias, como por ejemplo sería la existencia previa de una dependencia a otras drogas (tales como el alcohol o la morfina). En estos casos, funcionaría así porque, simplemente, se cambia una sustancia por otra; pero en otros, según el médico vienés, depende de la variabilidad de las reacciones individuales. Y hasta es posible encontrar ejemplos en los cuales un determinado consumo aumenta la capacidad de obrar. En síntesis, la postura freudiana sitúa que no siempre el consumo de la misma droga produce adicción en individuos diferentes, ni todas las adicciones se deben necesariamente al consumo de una droga.

En consecuencia, la droga no puede ser pensada nada más que como una sustancia que, por la naturaleza química de la molécula que la constituye, interactúa con el organismo, modificando su funcionamiento, enfermándolo o curándolo, según la cantidad que se utilice. El concepto droga, tal como está definido por la medicina, no alcanza a dar cuenta de la multiplicidad de fenómenos y problemas que se vinculan a él, y a lo que acontece en un

encuentro entre un individuo o un colectivo, y algo en particular. Desde el esquizoanálisis podría pensarse que el asunto es un poco más complejo.

Como afirma Deleuze (2005b), la droga puede ser pensada como una línea de fuga capaz de proporcionar una desterritorialización y una reterritorialización susceptible de proporcionar, desde un poco de oxígeno en medio de la asfixia de tantas líneas duras, hasta procesos de singularización que habiliten fenómenos creativos y productivos que difícilmente se logren de otro modo.

Sin embargo, según situó Spinoza (2005), todo encuentro puede implicar dos posibilidades, y ambas se hallan en relación a la capacidad de hacer de un individuo: o aumenta su potencia o la disminuye. No se trata de demonizar ni patologizar la droga (veneno) ni de presuponerle una vinculación con lo divino o lo salutogénico (remedio), sino de ver de qué manera aumenta o disminuye la potencia de alguien a partir de su uso o consumo: “las cosas no son ni buenas ni malas. Algunas se componen con nosotros y otras no” (Tatián, 2012, p. 55).

¿Cómo puede entonces redefinirse el concepto *droga*? Como una actividad, un uso o consumo que se conforma a la manera de un agenciamiento –tal como afirman Edegar Frei y Patto Manfredini (2019)–, y que deviene capaz de dar paso, a su vez, a una adicción maquínica.

Como dice Deleuze, “las distinciones entre clases de drogas son secundarias” (2007, p. 146), por lo que ya no es necesario hablar de una sustancia corpórea, de existencia material, ni mucho menos de una molécula que sea recepcionada por el organismo, corriendo el riesgo de provocar una habituación y/o dependencia. La droga será todo aquello que una adicción maquínica instituya como tal, para que fluya a través de ella, y para que produzca, al menos, algunos de los efectos buscados. Como dicen Deleuze y Guattari siguiendo a Castaneda: “¡Pero tantas cosas pueden servir de droga!” (2002b, p. 231).

Lo importante entonces no es la molécula de la droga, sino la posibilidad molecular de reterritorializar el territorio existencial, a partir de un paisaje singular que favorezca determinados encuentros, actividades, usos o consumos, que resulten no necesariamente saludables o moralmente aceptables, sino simplemente convenientes, por estar a favor de la vida.

¿Cómo es que una adicción puede estar a favor de la vida? Porque como afirma Guattari, mediante las adicciones la gente se subjetiva, esto es, reinventa su territorio existencial, aunque esto se lo haga con todos los riesgos y daños que conllevan determinados usos, consumos y actividades.

En función de la existencia de estos riesgos y daños, es que deviene necesario mantener siempre vigente la pregunta acerca de qué otros agenciamientos maquínicos podrían proporcionar efectos similares a costos mucho menores (tanto económicos, como sanitarios, legales, sociales, etc.). De otro modo, siempre existe la posibilidad de que una adicción maquínica se constituya como una línea de fuga mortíferamente desterritorializante.

El funcionamiento de la máquina siempre puede fracasar o hundirse y, entonces, quien hace, usa o consume algo de forma adictiva o problemática, deberá someterse a un proceso que lo cure y lo encauce.

Perversamente, el neoliberalismo promueve el consumo como forma de alcanzar la felicidad, luego responsabiliza a quien usa, consume o hace algo de forma adictiva o problemática, y por último vuelve a responsabilizarlo, pero ahora de su cura:

Las sociedades neoliberales culpan a los que sufren por no lograr ser felices, exactamente como culpan a los fumadores y a los físicamente ineptos por no llevar una

vida sana, a los desempleados por no desarrollar sus proyectos de trabajo o a los desesperanzados por no tener esperanza y optimismo suficiente. (Cabanas, 2019, p. 143)

Frente al fracaso de la máquina, aparece allí, una vez más, la impactante capacidad de recodificación de los flujos propia del capitalismo (Deleuze, 2005b), montando una respuesta terapéutica, que es capaz de extraer simultáneamente una ganancia del sector poblacional padeciente (al cual paradójicamente llevó al paroxismo del consumo, en pos de esa búsqueda de la felicidad).

Octava tesis: Las sociedades actuales, lejos de encontrar una pérdida en este sector poblacional en situación de drogadicción, le extraen una ganancia

Situar el lugar que ocupan los procesos de atención y cuidado respecto de las adicciones y los consumos problemáticos en las sociedades actuales, exige no perder de vista la incitación permanente, constante, casi furiosa, a consumir todo tipo de productos y servicios, sin descanso, en lugar del descanso, o incluso durante el descanso mismo. En medio de esta infatigable incitación, deviene absolutamente esperable que un sector de la población no logre controlar sus consumos, viéndose imposibilitado de manejarse de forma medida, mesurada y precavida.

Pero, ¿cómo es posible que le pueda servir al neoliberalismo una situación en la cual todo un sector poblacional, en lugar de obedecer la máxima de consumir, se vea capturado, consumido y dominado por una multiplicidad de sustancias, productos y/o servicios, con todos los riesgos que ello conlleva en los planos físico, psicológico, social, legal, económico, etc.? ¿Cómo soportaría el sistema que todo un sector de la población devenga adicto, impidiéndole trabajar, obedecer, producir, generar ingresos y consumir? Esto es posible porque las sociedades actuales, lejos de encontrar una pérdida en este sector poblacional en situación de drogadicción, le extraen una ganancia. O más precisamente, dos clases de ganancias.

En primer lugar, está la ganancia que concierne propiamente a la venta de las sustancias, productos, servicios, etc. Y más aún cuando todo ello se consume sin posibilidad de regulación o detenimiento. Esto incluye tanto el mercado legal y formal, como el ilegal y clandestino. Las organizaciones creadas para la venta de todo aquello que podría configurar una adicción que se autonomice de un individuo o de un colectivo, solo tienen un objetivo: vender cada vez más. Es decir, vender en más lugares e incrementar sus ganancias; vender sin detenerse ni regularse; vender sin aceptar competencia, formando para ello monopolios u oligopolios cada vez más concentrados (Berardi, 2007); vender de manera agresiva y adictiva.

En segundo lugar, hay otra clase de ganancia: es la que se obtiene al convertir en objeto de consumo a quien ha llegado a la situación de no poder mantenerse como ciudadano consumidor. En palabras de Benedetti: “Todo lo que tiene que ver con los establecimientos privados de internación es un elemento de lucro” (Álvarez Mur, 2016, párr. 7). La racionalidad político-económica del capitalismo hace uso de la tan mentada rehabilitación para quien se maneja de una manera irregular, tanto desde las disciplinas de la salud como desde las del poder judicial. En particular, “el poder disciplinario (...) pide que le envíen (...) esos irregulares; extrae de ello una ganancia que se incorpora al sistema general de ganancias y que puede recibir (...) el nombre de beneficio económico de la irregularidad” (Foucault, 2008, p.143).

Se puede ver así, que hay adicciones que exigen grandes espacios para poder expandirse, de manera de crear un extenso mercado, un enorme margen de acción, un progresivo número de adictos/as o usuarios/as, una gran incidencia poblacional, y una redituable proyección de crecimiento a futuro. Esta clase de adicciones solo puede provenir de grandes corporaciones, y como tales, su principal preocupación es cómo expandirse, tanto en la cantidad de adictos/as o usuarios/as, como en la ganancia económica que les genera a quienes están a cargo de ellas. La estrategia del marketing y el agregado de componentes de adictividad a elementos existentes o por existir resultan cruciales para esta clase de adicciones. Por lo tanto, dependen también, casi paradójicamente, de una innegociable concentración directiva, monetaria, intelectual, y de saber. En términos de Guattari (2008), estas organizaciones o corporaciones pueden ser denominadas ya no máquinas, sino *megamáquinas*. Así, es difícil imaginar un sostenimiento estable, equilibrado y continuo cuando hay una máquina adicción que se va montando en relación a esta clase de sustancias, productos y/o servicios que vienen promovidos, publicitados, incitados e impuestos desde estas megamáquinas, que tienen un alcance multinacional o incluso global. El éxito de las megamáquinas conlleva como efecto colateral, que cada vez más sectores poblacionales devengan adictos a algo, y esto lo logra ignorando, eludiendo, corrompiendo o enfrentándose a los Estados. Las tabacaleras, el narcotráfico, las empresas alimenticias, la industria farmacéutica, las plataformas de *streaming* o las plataformas de redes sociales pueden ser un buen ejemplo de todo esto.

Por el contrario, hay otra clase de adicciones que funcionan como un club más o menos privado, como un escampadero, un refugio, una trinchera, un parapeto y, por lo tanto, suelen presentarse como una práctica más o menos conveniente, como una experiencia vinculada al estilo de vida de un individuo o de un colectivo. Un sitio donde se puede retirar a descansar un rato, donde le es posible sucumbir tristemente, o desde el cual pueda planificar y lanzar un asalto. Esto tampoco garantiza que en todos los casos esta segunda clase de adicciones promueva procesos de singularización convenientes y/o productivos. La complementariedad entre el escampadero y la máquina puede territorializar un espacio desde el cual sea factible desplegar un devenir inédito, un acto de creación; pero también puede fallar, fracasar, hundirse, y terminar finalmente en una implosión (Guattari, 2008).

Sin embargo, parece ser que los Estados y organismos internacionales de las sociedades actuales no evidencian una gran preocupación por estos riesgos, permitiendo en mayor o menor medida, una concentración monopólica cada vez más amplia de estas corporaciones, y responsabilizando al mismo tiempo a cada individuo, en los casos en los que la máquina adicción muestra su contracara de muerte.

Novena tesis: Si bien las adicciones maquínicas funcionan como un retorno a lo individual, sirven para estabilizar subjetivamente las sociedades actuales

Las sociedades disciplinarias fueron capaces de generar mecanismos de control, que encontraban su máxima eficacia y economía al implementarse en espacios cerrados y con un número limitado de individuos. Pero esta tecnología de poder demostró ser muy difícil de sostener a lo largo del tiempo, por lo que se fue ocasionando un derrumbamiento progresivo de la operatividad y la eficacia de este tipo de espacios. De cualquier manera, ello no significó que la regulación y la modulación de la vida de los seres humanos se vea distendida, sino más bien todo

lo contrario. De acuerdo a Deleuze, puede pensarse que “la crisis de las instituciones es la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación” (2005a, p. 121).

Este nuevo régimen de dominación se inscribe en el marco de una racionalidad político-económica hegemónica en las sociedades actuales, de tinte neoliberal, pero que Deleuze y Guattari (2002a) han denominado *Capitalismo Mundial Integrado*, dado que presenta características específicas respecto de otras formas de capitalismo.

Llamamos Capitalismo Mundial Integrado, CMI, a esta figura del mando/ dominación que recoge y exaspera la unidad del mercado mundial sometiéndola a instrumentos de planificación productiva, de control monetario, de sugestión política, con características casi estatales. El Capitalismo Mundial integra en este proceso, junto a los países metropolitanos y directamente dependientes, al conjunto de los países del socialismo real y dispone además de los instrumentos de absorción de la economía de numerosos países del Tercer Mundo, cuestionando la antigua posición de estos como de 'dependencia periférica'. El mando/dominación estatal y los Estados nacionales están sometidos así a una verdadera desterritorialización. El Capitalismo Mundial integrado no se obstina en recomponer, de acuerdo a nuevas formas de unificación, los flujos y las jerarquías de los poderes estatales tradicionales. Engendra funciones estatales suplementarias que se expresan a través de una red de organizaciones internacionales, una estrategia planetaria de los medios de comunicación de masas, una rigurosa toma de control del mercado, de las tecnologías, etcétera. Desde luego, conviene evitar cualquier visión ingenua y antropomórfica del CMI, que llevaría a describirlo como la obra de un Leviatan o como una macro-estructura unidimensional de tipo marcusiano. Su expansión planetaria, así como su infiltración molecular, se operan a través de mecanismos que pueden ser sumamente elásticos y revestir incluso una figura contractual (Félix Guattari y Antonio Negri, *Las nuevas Alianzas*). (Guattari, 1991, p. 6)

Así, es posible ver que el Capitalismo Mundial Integrado, desde sus componentes económicos, sociales, históricos, culturales y políticos, promueve un determinado modo de subjetivación. Se trata en particular de una propuesta casi ineludible: asumir para uno/a mismo/a la posición de consumidor/a y de búsqueda del placer, como medio para alcanzar la felicidad. Ninguna otra opción será superadora de esta. Se trata de una invitación contundente a consumir de una manera casi imperiosa, priorizando el placer por sobre cualquier otra cosa, de forma que resulta prácticamente imposible resistirse. Existe una permanente modulación que incita, seduce y propicia el consumo de todo lo que esté al alcance, y más; y ello se logra mediante la actual estrategia de control social que es el *marketing* (Deleuze, 2005a). No es sencillo rechazarla, porque la forma mediante la cual se impone, es principalmente produciendo un tipo de subjetividad a partir del cual no se desea hacerlo.

En consecuencia, a diferencia de lo que acontecía en las décadas del '50, '60 y '70, el sueño actual no es el de la resistencia, la rebelión y la revolución en busca de un mundo no capitalista, sino la de mostrarse exitoso de acuerdo a las reglas de juego del neoliberalismo: para ello es excluyente poder consumir todo lo que se pueda, sin descanso, sin detenerse, ni siquiera cuando se agotaron los medios disponibles para seguir consumiendo. En dicha circunstancia, está la posibilidad de endeudarse mediante créditos, con una doble ganancia: se podrá seguir consumiendo, por un lado; y, por otro, el acreedor obtendrá una relación de control

(¿dominación?) por sobre la del deudor. “El hombre ya no es el hombre encerrado, sino el hombre endeudado” (Deleuze, 2005a, p. 199).

No es difícil imaginar que, si se lleva al paroxismo la invitación del neoliberalismo, se entra en una modalidad de consumo que no debe detenerse ante nada: ni siquiera ante un bolsillo vacío. “Ya no es el adicto un contestatario social, es el símbolo de la hiperadaptación, casi de la normalidad”, afirma Donghi (2009, p. 23). A partir de este modo particular de subjetivación, como muy lúcidamente supo situar Lewkowicz (2009), sería potencialmente posible volverse adicto a cualquier cosa.

Sin embargo, cuando este uso, consumo o actividad deviene problemático, la estrategia política que ofrecen las sociedades actuales consiste en individualizar, sancionar, patologizar, psicologizar, medicalizar, pedagogizar, psiquiatrizar y encausar, lo más rápido posible la vida de quien se ve afectado por este fenómeno. Aunque ello implique en algunos casos buscar el objetivo del abstencionismo, el consumo cero, el abandono del uso o de la actividad que ocasionó el problema, ya que, de todos modos, se podrá seguir consumiendo otras cosas en búsqueda de la felicidad.

Es decir, respecto de la adicción maquínica, se opera un retorno a lo individual, con el consiguiente reduccionismo, y la ineludible individualización y patologización del fenómeno. El circuito es: se incita primero al consumo, posteriormente se sancionan ciertas adicciones y, de manera ulterior, se modula y se regula la vida del sector poblacional que ha sido categorizada como adicto. Según Guattari (2008), lejos de constituir una paradoja, esta operación se presenta como algo indispensable para la estabilización subjetiva de las sociedades actuales.

Aun cuando las adicciones maquínicas son vistas como una escapatoria improductiva, que conducen a estilos de vida desordenados y riesgosos, aun cuando casi todo lo que se use, se consuma o se haga sea descalificado y vilipendiado, la adicción parece posibilitar una especie de equilibrio (Guattari, 2008). Es por ello que, según sostiene este autor, “¡si uno no tiene al menos esta compensación, no tiene nada!” (2008, p. 199).

Un mundo vertiginoso, competitivo, individualista, requiere anular, adormecer o debilitar el potencial revolucionario y transformador del deseo, y por ello, las megamáquinas creadas para producir y vender sustancias, productos y servicios a escala global son el gran invento del siglo XX. Y cuando lograron que su producción devenga susceptible de constituir adicciones, se convirtieron en el gran negocio del XXI, desplazando las corporaciones hegemónicas del siglo XIX y XX (petroleras, etc.).

Ahora, ¿cómo evitar verse capturado por el exceso y la vertiginosidad que promueven las megamáquinas? ¿Cómo sostener un funcionamiento maquínico que no termine implosionando, fracasando, hundiéndose?

Décima tesis: La droga, en las condiciones de prudencia y de experimentación necesarias, es inseparable del despliegue de un plan basado en una ética de la prudencia

“¿Cómo se conforma una experiencia vital, incluso aunque sea auto-destructiva, en una empresa mortífera de dependencia unilateral y generalizada? ¿Es inevitable? Si hay una terapéutica precisa, es en este punto donde tendría que intervenir”, sostiene Deleuze (2007, p. 147). En otras palabras, una terapéutica posible en relación a los consumos problemáticos y las

adiciones podría estar orientada a cuidar que la máquina montada sobre una línea de fuga-droga, no se convierta en una línea dura que configure un aparato de captura sin salida.

Y para ello, al decir de Deleuze y Guattari, hay una condición fundamental: “la droga, en las condiciones de prudencia y de experimentación necesarias, es inseparable del despliegue de un plan” (2002d, p. 283). De otro modo, el uso, consumo o actividad podría constituirse como una máquina fallida que no es capaz de regular ni de discontinuar sus flujos, como una línea de fuga desterritorializante que derive muy rápidamente en un arrasamiento mortífero.

Entonces, en primer lugar, es indispensable que el uso o consumo de una droga incluya un plan que sea capaz de diagramar, al menos, algunos puntos de referencia. ¿Para qué montar una máquina? ¿Qué clase de experiencia se pretende vivenciar? ¿Qué es lo que se busca potenciar o, por el contrario, en qué sentido se busca disminuir de alguna manera lo que se es capaz de hacer? ¿Durante cuánto tiempo estará armada la máquina? ¿Y en qué espacio físico se llevará adelante esta experiencia? ¿Será exclusivamente individual; se requerirán de algunos/as cómplices o de algunos/as aliados/as –escena grupal–; o se tratará de una experiencia colectiva?

En general, es habitual encontrar que el plan en relación al uso o consumo de una droga remite a ofrecer el cuerpo en sacrificio para poder controlar y dominar algo que se siente; atenuando, adormeciendo, o anestesiando eso que no se quiere experimentar desnuda o crudamente. Como dice Deleuze:

Está muy bien beber, drogarse. Uno puede siempre hacer lo que quiera si ello no le impide trabajar, si es un excitante; además es normal ofrecer algo del propio cuerpo en sacrificio, todo un aspecto muy sacrificial. En las actitudes de beber, de drogarse, ¿por qué uno ofrece su cuerpo en sacrificio? Sin duda, porque hay algo demasiado fuerte, que uno no podría soportar sin el alcohol. El problema no es aguantar el alcohol, sino más bien que uno cree que necesita, que uno cree ver; lo que uno cree experimentar, cree pensar y que hace que uno experimente la necesidad, para poder soportarlo, para dominarlo, de una ayuda: alcohol, droga, etc. En efecto, la frontera es muy sencilla: beber, drogarse, se supone que prácticamente hace posible algo demasiado fuerte, aunque después haya que pagarlo. (Deleuze y Parnet, s. f., p. 17)

Entonces, es posible usar o consumir una droga trazando un plan, de manera de montar una máquina que –por ejemplo– atenúe o potencie algunas afectaciones. Pero siempre implica un costo, y ese costo siempre se paga, más tarde o más temprano, de manera electiva o por imposición, y de una forma o de otra.

Es necesario decir que nada nos salva, siempre hay peligros. Por eso digo que es necesario tener paciencia y prudencia. Después de todo, según el principio de la experimentación, ninguna persona sabe de antemano lo que le conviene, se necesita un largo tiempo para saberlo. (Deleuze, 2005b, p. 213)

Es decir que, en segundo lugar, y tal como advierte el Modelo de Reducción de Daños y Riesgos, todo consumo conlleva costos a nivel de la salud por el uso sacrificial del cuerpo, además de determinadas implicancias legales y/o sociales. Sin embargo, la respuesta de este Modelo se basa principalmente en ofrecer información, y/o espacios cuidados para un consumo menos riesgoso y dañino. Un Modelo que intenta consolidarse como política pública, no podría hacerle demasiado lugar al cuestionamiento sobre los modos de subjetivación actuales, lo cual

sería insuficiente para ofrecer alguna comprensión a para qué alguien ofrecería su cuerpo en sacrificio de una manera tan profunda y vertiginosamente destructiva como se ve respecto de la epidemia de adicción a los opiáceos en Estados Unidos.

Al respecto, el esquizoanálisis en general, y el método de investigación de la dramatización en particular, permiten postular que todo consumo podría requerir no solo de un plan, sino que además sería conveniente que en este se incluya la prudencia y la paciencia como elementos fundamentales en su implementación. De esta manera, no solo se busca evitar mediante un buen uso de la información disponible todo un abanico de derroteros excesivamente riesgosos y dañinos, sino que, sobre todo, esto se lleva adelante mediante una interrogación dirigida a los procesos de singularización que atraviesan a quien busca consumir. Sin esta prudencia, lo mínimo que podría acontecer es que la experiencia constituya un ‘mal viaje’, al decir de quienes consumen algunas drogas.

Incluir la prudencia implica interesarse por prestar algo de atención a sí mismo, y ser paciente implica contemplar convenientemente los tiempos y los efectos que concierne a un uso, consumo o actividad, para saber, por ejemplo, cuándo y con qué intensidad manifiesta sus efectos; cada cuánto conviene repetir la experiencia; en qué circunstancias ello no es favorable; etc. “Por fin me voy del hotel, me pareció que no se percibían efectos o que eran tan débiles que podía prescindir de la prudencia de quedarme en la habitación” relata que pensó el filósofo Walter Benjamin luego de consumir hachís (2021, p. 86); pero un rato más tarde, esa misma noche, manifiesta: “Evité la Cannebière a esas horas, porque no estaba del todo seguro de mis funciones reguladoras” (2021, p. 88).

Otro riesgo muy concreto en relación a ciertos usos, consumos o actividades, es que se llegue a producir el fracaso, la repetición vacía. Esto es lo que los autores mencionan como drogadicción: “los drogadictos han creído que la droga les proporcionaría el plan, cuando en realidad es el plan el que debe destilar sus propias drogas” (Deleuze y Guattari, 2002d, p. 287). En el consumo extremo, sin control, sin límite, en lo que también la psiquiatría llama drogadicción, se pueden ver en toda su magnitud los riesgos que implica renunciar al modo de funcionamiento habitual del organismo para llevarlo a un plano desconocido, a una modalidad inexplorada, en donde virtualmente cualquier cosa sería posible. Como diría Artaud, hacerse un *cuerpo sin órganos*. Por lo tanto, “es necesaria mucha prudencia para hacerse un cuerpo sin órganos, mucha prudencia para no reventar, mucha paciencia en todos los casos. Por una razón muy fuerte: para aproximarnos hay que hacer saltar cosas” (Deleuze, 2005b, p. 200).

Un plan es algo complejo, que incluye múltiples dimensiones y componentes, por lo que no puede reducirse a los efectos químicos o psicoactivos en el organismo. Es por ello que la droga ya no puede seguir concibiéndose simplemente como la molécula que en cada sustancia es capaz de interactuar con los receptores del sistema nervioso, esto sería extremadamente reduccionista.

La droga, lejos de remitir a un aspecto químico, concierne más bien a un agenciamiento, a todo un funcionamiento de conjunto, a un escenario, a un paisaje, susceptible de brindar una experiencia. Incluso si no involucra ninguna sustancia química: “¿A cuento de qué traer a colación mis relaciones con (...) los alcohólicos y los drogadictos, si puedo experimentar en mí efectos análogos a los que ellos obtienen por otros medios?”, manifiesta Deleuze (2014b, p. 21), respondiéndole a Michel Cressole cuando este militante le reprochaba al filósofo francés ir siempre a la zaga, aprovechándose de experimentaciones ajenas sin arriesgar nunca nada.

En última instancia, la sustancia, el producto o el servicio que se use o se consuma, no es lo que de manera irremplazable genera los efectos buscados o encontrados, sino que es la máquina quien lo hace posible:

uno se da cuenta cada vez más de que, mientras que uno consideraba necesarios el alcohol o la droga, estos no lo son en absoluto, es decir, tal vez haya que pasar por ahí para darse cuenta de que todo lo que uno creía que podía hacer gracias a la droga o el alcohol, lo podía hacer sin ellos (Deleuze y Parnet, s. f., p. 17).

Algo así solo puede registrarse cuando se descubre que no es la molécula de la droga la única que puede proporcionar los efectos de la adicción maquínica, sino que, aun en su ausencia, tal producción es igualmente capaz de lograrse. Cuando se experimenta esto, el uso o consumo de una droga ya no es lo más ansiado ni lo más interesante.

Llegar a emborracharse, pero con agua pura (Henry Miller). Llegar a drogarse, pero por abstinencia, "tomar y abstenerse, sobre todo abstenerse", soy un bebedor de agua (Michaux). Llegar al punto en el que el problema ya no es "drogarse o no", sino que la droga haya modificado suficientemente las condiciones generales de la percepción del espacio y del tiempo para que los no drogados logren pasar a través de los agujeros del mundo y en las líneas de fuga, justo donde son necesarios otros medios que la droga. La droga no asegura la inmanencia, es la inmanencia de la droga la que permite "pasar" de ella. (Deleuze y Guattari, 2002d, p. 286) (las comillas son de los autores)

Y más aún, esto acontece de un modo más contundente cuando se descubre no solo que el plan que aparentemente justificaba el uso o consumo de una droga podría estar activo aun sin ella, sino que es posible producir lo que se buscaba de una manera mucho mejor sin esta molécula de la droga.

El problema de saber si las drogas ayudan al artista a crear estos seres de sensación, si forman parte de los medios interiores, si nos conducen realmente a las «puertas de la percepción», si nos entregan a los perceptos y los afectos, recibe una respuesta general en la medida en que los compuestos bajo efectos de las drogas resultan las más de las veces extraordinariamente frágiles y desmenuzables, incapaces de conservarse a sí mismos y se deshacen al mismo tiempo que se hacen o se los contempla. (Deleuze y Guattari, 2012, p. 159) (las comillas son de los autores)

Conclusiones

Deleuze afirma, preocupado y preocupantemente:

Tengo la impresión de que actualmente no se avanza, no se está realizando un buen trabajo (...) hoy por hoy no comprendemos en qué podría consistir. Los que conocen el

problema, drogadictos o médicos, parecen haber abandonado la investigación tanto para sí mismos como para los demás. (2007, p. 148)

Dado este panorama, esta breve y acotada indagación pretende constituir un aporte al asunto de la adicción desde una mirada esquizoanalítica, que posibilite no solo comprender de otro modo este fenómeno, sino que también contribuya a configurar algunos lineamientos mínimos para una terapéutica diferente a la hegemónica.

Se llega a situar en la obra de Deleuze y Guattari que, a partir de un uso, consumo o actividad, es posible montar una máquina, que podría denominarse *máquina adicción*. Una adicción maquínica es un montaje que puede llegar a proporcionar una salida, un escampadero, un club privado, una bocanada; una línea de fuga que habilite la posibilidad de creer que algunos placeres, determinadas sensaciones, ciertas promesas y la tan anhelada ilusión de dominio o de control, son efectivamente asequibles; al menos por un rato. Los usos, consumos, o actividades, no constituyen en todos los casos, algo problemático y/o adictivo.

Sin embargo, la línea de fuga reterritorializante de la adicción maquínica podría finalmente derivar en una línea dura, en una obligación, una imposición, un aspecto de la vida al cual no es posible renunciar ni postergar. Aquello que se hace, se usa o se consume puede incluir una 'letra chica' que no se cree necesario leer de antemano, un *componente de adictividad* que puede llegar a complicarlo todo. En particular, cuando las sustancias, los productos o los servicios están especialmente fabricados por grandes corporaciones, para que no pueda dejar de usárselos o consumírselos; megamáquinas que expanden su presencia e incidencia a nivel global, y cuyo poder, riquezas, control y dominio dependen de avasallar las legislaciones, las políticas y los gobiernos de los Estados nacionales, priorizando sus propios intereses de forma rapaz, por sobre la conveniencia, la autonomía, la salud y los derechos de la población.

Bajo estas condiciones tan coercitivas, resulta muy sencillo que la adicción maquínica ya no pueda sostenerse como una reconfortante línea de fuga, volviéndose riesgadamente destructiva y dañinamente desterritorializante, configurando como línea dura un aspecto del territorio existencial que amenaza arrasarlo con todo. En estas circunstancias, la adicción maquínica se organiza como un aparato de captura mortífero que tiende a absorberlo todo, dominando la vida del individuo o del colectivo que la ha montado.

En suma, es necesario tener en consideración que hacerse un cuerpo sin órganos, construirse territorios existenciales mediante líneas de fuga basadas en agenciamientos-droga, conlleva ciertos riesgos. Y si alguna de esas líneas de fuga se sustenta en un uso, un consumo o una actividad que afecta al cuerpo, más aún, dado que, cuando el cuerpo supera un cierto umbral crítico que ya no es capaz de regular, ese uso, consumo o actividad se convierte en una repetición vacía, que no significa nada, pero que no puede dejar de realizarse. Esta repetición exige que se incremente la frecuencia, la cantidad o la intensidad de la práctica concreta que implica la adicción, y allí es cuando hace saltar todo, cuando el cuerpo sin órganos se da vuelta y muestra su contracara de muerte (crisis, sobredosis, etc.).

Claro que el fracaso de la adicción se verá sumamente favorecido mientras las megamáquinas continúen incrementando vorazmente su presencia y su incidencia, configurando monopolios cada vez más concentrados, y ofreciendo al consumo sustancias, productos y servicios cada vez más adictivos, sin que los organismos internacionales, los Estados nacionales y la propia comunidad puedan hacer algo para regular, limitar, detener o revertir esta expansión. ¿De qué manera terminan funcionando las megamáquinas entonces? Como una máquina que no puede regular sus propios flujos, que no puede cortarlos o postergarlos, que solo puede seguir

incrementando cada vez más sus consumos, en pos de sus ganancias monetarias y de la ilusión de control, dominio e impunidad que anhelan para sí. ¡La peor de las adicciones, aquella que alimenta su ambición de los usos, consumos y adicciones ajenas!

El método de la dramatización permite situar claramente que el sentido y el valor que tiene la adicción desde el discurso médico, no indaga en nada de todo esto. Por el contrario, objetiva este fenómeno como un trastorno psiquiátrico cuyos rasgos principales son la individualización, patologización y culpabilización del consumo de cualquier elemento que se considere droga, promoviendo una hipócrita medicalización y judicialización de los consumos, y eludiendo el cuestionamiento del suelo socio-histórico-político de las sociedades actuales. El neoliberalismo no diferencia ya entre lo normal y lo anormal, entre lo sano y lo enfermo, sino que promueve un modo de subjetivación mediante el cual sus habitantes se constituyen como consumidores (Preciado, 2022). Pero, paradójicamente, si el consumo deviene problemático y/o adictivo, la culpa es de quien perdió el control de sus usos, consumos o actividades.

Ahora bien, como especifica Foucault (1992), la genealogía como método contribuye al trazado de un diagnóstico de la actualidad, situando no las verdades de la historia, sino la historia de las verdades. Y, consecuentemente, sería esperable que este diagnóstico, desde un estudio del pasado, oficie como crítica del presente, no solo de un modo descriptivo de los síntomas actuales, sino también a los fines de habilitar una construcción política del futuro, que sea al menos un poco diferente de la que se mantiene aún vigente. La sintomatología debería permitir que se “abra también la posibilidad de pensar una contraefectuación dentro del mismo elemento patológico que evidencia” (Baranzoni, 2020, p. 25).

¿Qué sería en términos de Guattari una contraefectuación respecto del modo aparición de este fenómeno en las sociedades neoliberales actuales? Habilitar una invención inédita respecto de los usos, consumos y actividades para que una adicción maquínica no se vuelva mortíferamente desterritorializante; arriesgar un proyecto social innovador, un movimiento desconocido, en suma, un devenir que conlleve un proceso de singularización capaz de crear territorios existenciales, de promover otros modos de subjetivación tanto en lo individual como en lo colectivo (2008).

Pero, ¿bajo qué circunstancias podría acontecer esto? Adhiriendo al posicionamiento vitalista del esquizoanálisis, esto sería factible cuando la adicción maquínica esté a favor de la vida; es decir, cuando se monta sobre una línea de fuga que logra conectar el deseo con los afectos, con la percepción, con el pensamiento, con las velocidades, de manera de potenciar la capacidad creadora. Y esto puede lograrse incluso a través de un agenciamiento maquínico que haga uso de una línea de fuga singular, que ni siquiera requiera de manera imprescindible de la molécula de una droga –ya sea legal o ilegal–. Para ello, es crucial no asumir que siempre sería posible calcular de antemano los efectos de lo que se hace, se usa o se consume, ni arriesgar temerariamente desde un optimismo ingenuo, ni especular con las probabilidades que se tienen a favor, ni apostar a que todo saldrá bien siempre.

Por el contrario, en el caso en que sea tomada la decisión de llevar adelante un uso, consumo o actividad, lo más conveniente podría ser trazar un plan, recurriendo a una forma de experimentación que esté basada en una ética de la prudencia. De este modo, se podría indagar lo que puede el cuerpo propio (Spinoza, 2005), para situar lo más certeramente posible hasta dónde se puede llevar lo que se está haciendo, usando o consumiendo, ya que las máquinas no solo producen la producción deseada, sino que también producen reproducción y antiproducción.

En las máquinas deseantes todo funciona al mismo tiempo, pero en los hiatos y las rupturas, las averías y los fallos, las intermitencias y los cortocircuitos, las distancias y las parcelaciones, en una suma que nunca reúne sus partes en un todo. En ellas los cortes son productivos, e incluso son reuniones. Las disyunciones, en tanto que disyunciones, son inclusivas. Los propios consumos son pasos, devenires y regresos. (Deleuze y Guattari, 2010, p. 47)

La potencia de las máquinas reside en el deseo, según supieron situar Deleuze y Guattari (2010). Y el deseo siempre establece alianzas con las líneas de fuga, las cuales favorecen la desterritorialización y la reterritorialización del territorio existencial. Pero, ¿hay una receta para ello; hay un manual que especifique cómo hacerlo sin llegar a vivir situaciones de daños o riegos? No. Solo se puede contar, al decir de Deleuze, con una larga preparación (Deleuze y Parnet, 2013), una preparación que permita establecer un plan, un protocolo artesanal que diagrame la forma singular mediante la cual se va a experimentar, siempre que este permita vivir una experiencia que no desterritorialice más de lo que es capaz de reterritorializar, ni ponga en riesgo la vida: “En las líneas de fuga tan solo puede haber una cosa: experimentación-vida” (Deleuze y Parnet, 2013, p. 57).

La experimentación-vida es lo que materializaría la posibilidad de consolidar un estilo de vida propio, sostenido en el deseo, capaz de aumentar su potencia. Y esto es lo más cercano a la sensación de eternidad que se puede alcanzar, dado que cada vez que se la experimenta, se aleja la tristeza, la disminución de la potencia, y la muerte: “las cosas del deseo evacuan por un tiempo esa relación con la muerte. Droga de eternidad una y otra vez” (Guattari, 2019, p. 373).

En consecuencia, una clínica esquizoanalítica susceptible de ser pensada, no podría seguir los lineamientos abstencionistas-prohibicionistas que culpabilizan y patologizan a quien usa, consume o hace algo de forma adictiva y/o problemática, sino que se basará en una ética de la prudencia, acorde a la filosofía vitalista en la cual se inscribe la perspectiva de Deleuze y Guattari.

Esto significa que los procesos de atención y cuidado, y las prácticas en Salud y Salud Mental, podrían abandonar el juicio de valor respecto de los usos, consumos y actividades que solo busca establecer si aquello que se hace está bien o está mal, si es legal o ilegal, si se debe o no se debe, si es un pecado o una virtud, si enferma o no, si es dañino y riesgoso o no. Se abriría así la posibilidad de “distinguir dos cosas: todo el dominio de la experimentación vital, y de las empresas mortíferas” (Deleuze, 2007, p. 147).

Además, esta experimentación vital no significa abstenerse de usar o consumir cualquier sustancia que interactúe con el organismo, o simplemente informarse acerca de los modos más convenientes para llevar adelante un consumo que sea potencialmente riesgoso o dañino. La experimentación vital basada en una ética de la prudencia es un acto político: requiere interrogar los modos de subjetivación y singularización que se vinculan con las adicciones maquínicas, y cartografiar los territorios existenciales que se producen a través de los usos, consumos y actividades.

Un ejemplo concreto de esta alternativa a la línea de fuga desterritorializante, puede ser la citada por Deleuze y Guattari (2002d), cuando hacen referencia a la práctica de algunos artistas que pugnaban por la obtención de los mismos efectos que obtenían por medio de una sustancia, pero sin consumir nada, o bien consumiendo algo inocuo (como el agua).

Pero una opción mucho más política y colectiva la podría estar brindando Preciado, cuando habla de que “ya no podemos aprender nada de los sanos. Solo los enfermos y los

supervivientes, solo aquellos que han superado una adicción o que viven con el virus pueden enseñarnos algo” (2022, p. 523).

El mencionado filósofo español utiliza como ejemplo paradigmático la forma de rebelión que constituye en la era farmacopornográfica el hecho de que, en la década de 1980, sujetos de investigación con el AZT –la primera droga experimental probada para combatir el SIDA–, se propongan ‘abrir las píldoras’ para compartir con los individuos del grupo control (quienes hubiesen recibido un placebo), la mitad de la droga que posiblemente les salve la vida. Mediante este «activismo del tratamiento» (*action treatment*), ningún individuo se quedaría sin tener al menos una chance frente a una enfermedad que estaba causando estragos en varios sectores poblacionales, sin que haya nada que pueda detenerla.

“Demos vuelta los móviles, preprogramemos internet. Hagamos el gran blackout frente a los satélites que nos vigilan” profundiza y amplía Preciado (2022, p. 521). Esta propuesta micropolítica muestra que la imposición de fronteras moralistas, prohibicionistas, patologizantes y medicalizantes entre grupo experimenta y grupo control, entre salud y enfermedad, entre salud física y salud mental, entre profesionales y pacientes, entre lo legal y lo ilegal, entre lo prohibido y lo permitido, no favorece a una comprensión de la vida, de sus fenómenos, y de la comunidad en la cual todo ello se despliega.

Abrir y descodificar las tecnologías que nos constituyen sirve tanto para la química como para el código. Se trata de participar en una multiplicidad de prácticas disidentes (experimentación, reparación y cuidado) que están inventando otra epistemología desde la que producir lo social. (Preciado, 2022, p. 527)

El método de la dramatización utilizado para analizar el concepto de adicción muestra que, una terapéutica llevada adelante desde una perspectiva esquizoanalítica no podrá eludir el hecho de que las sociedades neoliberales promueven modos de subjetivación sustentados en el consumo de todo lo que se pueda, aún hasta cuando ya no hay medios económicos para solventarlos. Una clínica posible no podrá entonces diagramarse sin una crítica de la forma en la cual se montan actualmente las adicciones maquínicas; es decir, sin interrogar la forma en la cual se trazan líneas de fuga configurando diversos agenciamientos-droga, y sin estudiar la forma mediante la cual las líneas de fuga se vuelven mortíferamente desterritorializantes. Y este estudio no puede llevarse adelante solamente por profesionales y técnicos de los territorios de la Salud y de la Salud Mental, sino que requiere de prácticas concretas de transformación micropolíticas. “El conocimiento no es solo teórico. El conocimiento es una práctica colectiva” (Preciado, 2022, p. 522).

Se requiere entonces de todo un activismo político –como pueden ser las marchas a favor de la legalización del cannabis que se realizan en Argentina desde la década de 1980, o la Red Argentina en Defensa de los Derechos de los Usuarios de Drogas (RADDUD), creada en el año 2000– que permita sacar de la clandestinidad el fenómeno de los usos, consumos y actividades, para llevarlo al terreno del debate político y público, de manera de trascender las figuras de delincuente y adicto, para explorar y visibilizar otras, como podría ser, por ejemplo, la de ‘usuario responsable’ (Corbelle, 2018).

Al contemplar todo ello, se puede concluir que una máquina adicción solo puede ser conveniente cuando se realiza de forma activa, no cuando se hace, se usa, o se consume pasivamente. No alcanza con una prohibición generalizada ni con un tímido intento de minimización de los riesgos y los daños, obtenido mediante la transmisión de información a

quienes usan o consumen sustancias: habrá que “crear redes de producción de conocimientos y de representaciones alternativas a las producidas por los discursos médicos, farmacéuticos, psicoanalíticos, psicológicos, gubernamentales y mediáticos” (Preciado, 2022, p. 527).

En síntesis, la máquina adicción tiene que estar a favor de la vida, conjurando mediante la ética de la prudencia el riesgo de cualquier uso, consumo, o actividad, de arrasar con el territorio existencial, deviniendo capaz –además– de producir activamente el estilo de vida que se desea llevar adelante, tanto individual como colectivo.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Mur, R. (3 de agosto de 2016). Macri contra la salud mental: “Es un retroceso muy grande para los derechos humanos”. *Contexto*. Recuperado de <https://www.diariocontexto.com.ar/2016/08/03/macri-contra-la-salud-mental-es-un-retroceso-muy-grande-para-los-derechos-humanos/>
- Aristóteles. (2002). *Ética Eudemia*. Madrid: Alianza.
- _____. (2005). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Alianza.
- Baranzoni, S. (2020). Agujeros negros y dependencia maquina. La inactualidad de Guattari. En P. Landaeta Mardones y J. Ezcurdia Corona (Eds.), *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Perspectivas actuales de una filosofía vitalista* (pp. 25-39). Santiago de Chile: Metales Pesados.
- Barembliitt, G. (2005). *Compendio de análisis institucional*. Buenos Aires: Madres de Plaza de Mayo.
- Benjamin, W. (2021). *Hachís*. Buenos Aires: Godot.
- Berardi, F. (2007). *Generación post alfabética. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- _____. (2014). *La sublevación*. Buenos Aires: Hekht.
- Cabanas, E. (2019). *Capitalismo, consumo y autenticidad: las emociones como mercancía*. Madrid: Katz.
- Corbelle, F. (2018). *El activismo político de los usuarios de drogas: de la clandestinidad al Congreso Nacional*. Vicente López: Florencia Corbelle / TeseoPress.
- Deleuze, G. (1998). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- _____. (2005a). Posdata a las sociedades de control. En C. Ferrer (Comp.). *El lenguaje libertario* (pp. 115-121). Buenos Aires: Terramar.
- _____. (2005b). *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.
- _____. (2007). Dos preguntas sobre la droga. En *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)* (pp. 145-149). Valencia: Pre-Textos.
- _____. (2014a). Un retrato de Foucault. En *Conversaciones* (pp. 165-189). Madrid: Pre-Textos.
- _____. (2014b). Carta a un crítico severo. En *Conversaciones* (pp. 9-23). Madrid: Pre-Textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002a). 1440 - Lo liso y lo estriado. En *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (pp. 483-509). Madrid: Pre-Textos.
- _____. (2002b). 1933 – Micropolítica y segmentariedad. En *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (pp. 213-237). Madrid: Pre-Textos.

- _____ (2002c). 7.000 a. J. C. - Aparato de captura. En *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (pp. 433-482). Madrid: Pre-Textos.
- _____ (2002d). 1730 - Devenir-intenso, devenir-animal, devenir-imperceptible... En *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (pp. 239-315). Madrid: Pre-Textos.
- _____ (2010). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- _____ (2012). *¿Qué es la filosofía?* Rosario: Resuenópodos.
- Deleuze, G. y Parnet, C. (2013). *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos.
- _____ (s. f.). *El abecedario de Gilles Deleuze*. Rosario: Escafandra.
- Donghi, A. (2009). Las adicciones: una clínica de la cultura y su malestar. En A. Donghi y L. Vázquez (Comp.), *Adicciones. Una clínica de la cultura y su malestar* (pp. 21-25). Buenos Aires: JVE Ediciones.
- Edemar Frei, A. y Patto Manfredini, A. (2019). ¿Qué puede un cuerpo con drogas? La experimentación con drogas según Gilles Deleuze. *Reflexiones Marginales*, 49. Recuperado de <https://revista.reflexionesmarginales.com/que-puede-un-cuerpo-con-drogas/>
- Escohotado, A. (2019). *Aprendiendo de las drogas. Usos, abusos, prejuicios y desafíos*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1992). Nietzsche, la genealogía, la historia. En *Microfísica del poder* (pp. 5-29). Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- _____ (2008). *El poder psiquiátrico: Curso en el Collège de France: 1973-1974*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2010). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. (1980). *Escritos sobre la cocaína*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (1992). El malestar en la cultura. En *Obras Completas de Sigmund Freud, Volumen 21 (1927-31) El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura y otras obras* (pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldstein, B. (S. f.). Cultura del consumo y subjetividad adictiva. En *Intersecciones Psi*. Recuperado de http://intersecciones.psi.uba.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=419:cultura-del-consumo-y-subjetividad-adictiva&catid=15:actualidad&Itemid=1
- Guattari, F. (1991). La producción de subjetividad del Capitalismo Mundial Integrado. *Revista de Crítica Cultural*, 4, 5-10.
- _____ (2008). 1984 – “Los adictos maquínicos”. En *La ciudad subjetiva y post-mediática. La polis reinventada* (pp. 197-201). Cali: Fundación Comunidad.
- _____ (2019). *Escritos para El Anti-Edipo: Textos agenciados y presentados por Stéphane Nadaud*. Buenos Aires: Cactus.
- Infobae (26 de abril de 2022). *Consumo de drogas: 5 claves para entender por qué un plan de reducción de daños no es viable en Argentina*. Recuperado de <https://www.infobae.com/salud/2022/04/26/consumo-de-drogas-5-claves-para-entender-por-que-un-plan-de-reduccion-de-danos-no-es-viable-en-argentina/>
- Le Poulichet, S. (2005). *Toxicomanías y psicoanálisis, las narcosis del deseo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lewkowicz, I. (2009). Subjetividad adictiva: un tipo psicosocial históricamente instituido. En A. Donghi & L. Vázquez (Comp.), *Adicciones. Una clínica de la cultura y su malestar* (pp. 61-70). Buenos Aires: JVE.

- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (2007). *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama.
- Marx, K. (2014). El capital. En *Antología* (pp. 219-336). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Naparstek, F. (2013). La droga en la cultura de hoy y de ayer. *Letra Urbana*, 1. Recuperado de <https://letraurbana.com/articulos/la-droga-en-la-cultura-de-hoy-y-de-ayer/>
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (1994). *Glosario de términos de alcohol y drogas*. Recuperado de https://www.who.int/substance_abuse/terminology/lexicon_alcohol_drugs_spanish.pdf
- Platón. (2010). *Diálogos I*. España: Gredos.
- Prado, E. (2019). *Bocanada*. Trabajo Integrador Final de grado, obtenido. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Rosario.
- Preciado, P. (2022). Heroína electrónica. En *Dysphoria mundi* (pp. 65-76). Buenos Aires: Anagrama.
- Ruchansky, E. (2015). *Un mundo con drogas. Los caminos alternativos a la prohibición: Holanda, Estados Unidos, España, Suiza, Bolivia y Uruguay*. Buenos Aires: Debate.
- Solari, I. (2019). *Recuerdos que mienten un poco*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sonna, M. V. (2016). *El Platón de Gilles Deleuze. La inversión del platonismo*. Tesis doctoral en Filosofía obtenida. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Recuperada de http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/6076/uba_ffyl_t_2016_se_sonna.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Spinoza, B. (2005). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Buenos Aires: Quadrata.
- Tatián, D. (2012). *Spinoza: Una introducción*. Buenos Aires: Quadrata.